Levante
EL MERCANTIL VALENCIANO

La luz necesaria sobre el Barroco valenciano

Víctor Marco reivindica la pintura valenciana del XVII y XVIII en un libro que recopila 20 años de investigación en iglesias, museos y colecciones

Francisco Ribalta, *Última Cena* (lienzo titular). 1606. Óleo sobre lienzo, 208 x 167 cm. Valencia, retablo mayor de la iglesia del Real Colegio Seminario de Corpus Christi

Voro Contreras

Valencia | 25·04·21

El de Víctor Marco (Valencia, 1976) es un trabajo excepcional en muchos sentidos, aunque solo fijarnos en la cantidad de autores referenciados en el libro ya nos da una idea de la ambición y la profundidad de la obra. *Pintura barroca en Valencia (1600- 1737)* (editorial CEEH, 2021) es, seguramente, el estudio más completo realizado hasta ahora sobre este periodo y geografía artística, un libro en el que su autor ha invertido casi dos décadas de su vida.

«Llevo recopilando información en archivos y bibliotecas desde el año 2000 -cuenta Marco-. Pero un trabajo de este tipo también implicaba el conocimiento directo de las obras y son muy pocas las iglesias, conventos y colecciones que no haya visitado. Al margen de las distancias geográficas, las dificultades en las parroquias son los horarios reducidos y en los conventos el acceso. En cualquier caso, siempre he sido recibido con una amabilidad».

Dionisio Vidal, *Glorificación de san Nicolás de Bari y san Pedro mártir de Verona*. 1693-1696. Fresco. Valencia, parroquia de San Nicolás de Bari y San Pedro mártir de Verona.

Más complicado era, en principio, acceder a las colecciones privadas ya que una parte muy importante de las pinturas del Barroco valenciano está repartida por toda España, sobre todo en Madrid, y sus propietarios no tienen la obligación de enseñarlas: «Por tanto, se visitan gracias los propios contactos personales que pueda uno tener. En este sentido, me ha ayudado mucho mi trabajo como experto tasador de pintura antigua en una prestigiosa casa de subastas madrileña».

Evaristo Muñoz, *Santo Tomás de Aquino sentado a la mesa de san Luis, rey de Francia*, se pronuncia contra los maniqueos. 1729. Óleo sobre lienzo, 210 x 421 cm. Museo de Bellas Artes de Valencia.

Aunque la investigación empieza en el año 2000, ha sido la tesis doctoral que el autor defendió en 2010 en la Universidad de Alcalá de Henares la que ha dado origen a este volumen de casi 500 páginas y 780 ilustraciones en color. Doctor europeo en Historia del Arte, Marco explica a Levante-EMV que decidió consagrarse a este trabajo por lo poco conocida que era la pintura valenciana del siglo XVII más allá de figuras como Ribalta, Espinosa o Tomás Yepes.

Antonio Palomino, *Intercesión de la Virgen ante la Santísima Trinidad*. 1702. Fresco. Valencia, Real Basílica de Nuestra Señora de los Desamparados.

«Me llamaba mucho la atención localizar documentos en los archivos que hablaban de pintores de los que no se conocía ninguna obra -recuerda-. Y el mismo proceso ocurría a la inversa. Cientos y cientos de pinturas se encontraban en el Museo de Bellas Artes de Valencia y en diferentes parroquias y conventos como anónimas. Era evidente que algo ocurría con este periodo, especialmente en la segunda mitad del siglo del siglo XVII».

Un momento clave en su «vocación» fue el hallazgo mientras trabajaba junto al equipo de restauración de la Basílica de la Virgen de los Desamparados de ocho pinturas de Gaspar de la Huerta: «Es un pintor del que se conocía muy poco y del que Orellana decía que no había una sola iglesia o convento en el Reino de Valencia en el que no hubiese una obra suya. Estaba claro que no podían haber desaparecido todas ellas. Fue cuando decidí iniciar mi tesis doctoral y dedicarme por entero al estudio de ese desconocido Barroco valenciano».

Cabe preguntarse en este punto por qué el Barroco valenciano ha sido sometido a este olvido frente a la popularidad universal que goza la pintura que en ese periodo se realizaba en Madrid o Sevilla. «Las causas son muchas, pero en mi opinión sí que se puede hablar de una 'centralización' porque Sevilla y Madrid fueron el escenario en el que actuaron los grandes maestros de la pintura barroca española como Velázquez, Murillo o Zurbarán». «Con el libro -añade-, no pretendo reivindicar que la pintura valenciana del Barroco sea igual, mejor o peor que la de estos centros pictóricos. Simplemente quiero que se conozca mucho mejor. No se puede valorar aquello que no se conoce y creo que el primer paso es ofrecer una primera visión global de este periodo tan fecundo».

Marco apunta quiénes son las principales figuras del Barroco valenciano. «Sin duda, quien revolucionó el ambiente pictórico a comienzos del siglo XVII fue Francisco Ribalta, que asimiló la tradición anterior creando un lenguaje completamente novedoso». Nacido en Solsona (Lleida) en 1565, el naturalismo introducido por Ribalta en València casi pervive a lo largo de todo el siglo y es, según el investigador, una de las señas de identidad del Barroco autóctono: «Este naturalismo viene acompañado muchas veces por una iluminación fuertemente contrastada de tipo tenebrista. Sin embargo, a partir de los años centrales del siglo la pintura se hace más moderna y recibe influencias de diferentes centros artísticos de dentro y fuera de España. El Barroco valenciano en el último tercio del XVII se hace mucho más cosmopolita y colorista».

Jerónimo Jacinto de Espinosa, *La Inmaculada Concepción con los jurados de la ciudad de Valencia*. 1662. Óleo sobre lienzo, 350 x 360 cm. Valencia, Ayuntamiento.

Otras figuras principales, valoradas y cotizadas en el mercado son Jerónimo Jacinto de Espinosa y Tomás Yepes, el bodegonista valenciano más conocido dentro y fuera de nuestras fronteras. Pero una obra de estas dimensiones sirve sobre todo para arrojar luz sobre los pintores más «castigados» y olvidados por la historia. Marco destaca el caso de Juan Conchillos, en cuya academia se formaron varios pintores de la Valencia del siglo XVIII, y Dionisio Vidal, el autor de los frescos de la parroquia de San Nicolás, calificados como la «Capilla Sixtina del arte valenciano».

Pese a haber nacido en Jàtiva, el libro no incluye al que quizá es, junto a Joaquín Sorolla, el más internacional de los pintores valencianos: José de Ribera. La razón, explica el autor, es que el 'Españoleto' desarrolló toda su carrera en Italia. «Su influencia llegó también a València, pero a través de las estampas que se sacaron de sus obras y de la llegada a la península de algún original suyo. Algunos pintores valencianos siguen sus modelos, como es el caso de Esteban y Miguel March».

Tradicionalmente se ha considerado a la de los siglos XIV y XV como la «edad de oro» de la pintura valenciana. ¿Puede un proyecto como el de Víctor Marco desplazar de siglo esta consideración? «No te sabría decir qué periodo de la historia del arte valenciano merece el oro», asegura el historiador, para quien el escaso valor artístico que durante décadas ha merecido el Barroco valenciano se explica «en antiguos prejuicios que arrastran de épocas pasadas en los que se asociaban los términos de "decadencia" y "crisis" a las descripciones históricas que se hacen del siglo XVII, especialmente en el reinado de Carlos II».

Asegura el autor que su investigación demuestra que esta afirmación, tradicionalmente asumida, carece de todo tipo de fundamento. «El libro es un claro testimonio de que todos estos prejuicios son totalmente falsos y que el Barroco en Valencia fue un periodo muy importante y productivo, especialmente en el campo de la pintura. No se puede calificar como un periodo de decadencia, sino de esplendor de las artes».

Así pues, ni oro ni planta ni bronce. «Lo que merece la pena recordar y valorar es el hecho de que la escuela pictórica valenciana arranca desde el periodo medieval y posee una continuidad a lo largo de los siglos como un centro pictórico de gran importancia - concluye Marco-. Esto es algo de lo que no pueden presumir en otras ciudades».